

Libre mente, de Fernando Savater

Se los mire por donde se los mire, los animales pueden ser considerados sorprendentes, instintivamente ingeniosos, deliciosos en su espontaneidad y hasta en su fiereza, pero hay que reconocer que resultan tremendamente serios. De vez en cuando juegan, aunque nunca ríen; son graciosos y a veces hasta parecen divertirse entre sí con pequeños enredos, sobre todo cuando son cachorros, pero nunca reaccionan con una carcajada (o algún equivalente animalesco inequívoco) ante lo que los pasa a ellos mismos o a sus congéneres. ¿Qué se nos parecen en muchos aspectos? No cabe duda: precisamente por eso yo me atrevería a decir que la zoología es la antropología menos la risa. De modo que a los grandilocuentes que preguntan si la vida humana en cuanto específicamente humana tiene algún sentido debemos responderles que sí, que tiene sentido: sentido del humor.

La característica de reír es tan propia de nuestra condición que lógicamente debe depender de algún otro de nuestros atributos, como complemento a su actividad o incluso como compensación a sus fallos. Suele decirse que la risa es una válvula de escape, lo cual indica que nace de la zozobra pero que trae alivio. Si los animales no se ríen será entonces porque no necesitan reírse, porque no se preocupan o angustian como nosotros y por tanto no necesitan semejante desahogo. La risa no resuelve nada pero disuelve algo: desata un nudo que si no se aflojara de vez en cuando terminaría por asfixiarnos.

Cuando se repasan las teorías filosóficas más destacadas sobre este fenómeno humano tan especial siempre hallamos una referencia a cierto brusco desajuste entre la comprensión que tenemos del mundo y lo que el mundo de repente demuestra ser. Según Kant lo que provoca la risa es la manifestación de algo absurdo, un agujero en la explicación de las cosas en el que nuestro entendimiento mete la pata, perdiendo pie (pone como ejemplo, que a él le parece graciosísimo y a nosotros un poco menos, el caso de un comerciante al que entristeció tanto perder su fortuna que hasta su peluca se volvió gris). También Schopenhauer va en la misma dirección, asegurando que la risa “revela siempre la percepción súbita de un desacuerdo entre un concepto dado y el objeto real que representa, es decir, entre lo abstracto y lo intuitivo”. Bergson la explica como el contraste entre los deliberados proyectos de la vida y la inercia mecánica que los trunca (el apresurado viandante que corre para alcanzar el autobús y resbala en la tópica piel de plátano o aquella señora de voluminoso trasero que protagoniza una canción de Brassens y que al lanzarse voluntariosa a bailar termina sentada en la pista, lo que permite al poeta advertirla que “la ley de la gravedad, señora, es dura pero es la ley”). Más recientemente, Clément Rosset denomina “risa exterminadora” a la que surge cuando lo caótico del azar se impone de improviso sobre las apariencias del orden.

Algunas actitudes ideológicas, como en general todo fanatismo, son auténticas cruzadas contra el humor y resisten peor un simple chiste que treinta volúmenes de refutaciones razonadas. Pero hay que desengañarse: la risa no está al servicio de nadie y no respeta ni al tirano ni al amigo de la libertad, ni al generoso ni al avaro, ni al viejo ni al joven, ni al decente ni al canalla. Al igual que en las danzas de la muerte medievales, todos debemos bailar antes o después al son de la risa.